

Capítulo V

Donde se cuenta cómo se recuperó el intrépido detective Frank Stain de las enojosas consecuencias de su encuentro con el Señor de los Anillos y cómo atendió con diligencia algunos asuntos logísticos

FRANK DESPERTÓ CON LA SENSACIÓN de haber sido arrollado por un camión articulado. Tras unos segundos de desconcierto, recordó la imagen del puño destellante del paquidermo de los anillos acercándose a su cara como un meteorito y un escalofrío le correteó por el espinazo.

Llevó a cabo una rápida inspección bajo las sábanas. Comprobó con alivio que estaba entero y que podía mover todos los miembros, pero, al intentar girar la cabeza, se dio cuenta de que se lo impedía un collarín. Hizo amago de quitárselo y el alarido de Antonia cortó en seco la manobra:

—¡Ni se te ocurra! El médico ha dicho que tienes que estar dos semanas en completo reposo con el collarín puesto. ¿Qué has hecho, hijo mío?

—Nada. Gajes del oficio. Era una investigación especialmente delicada y me encontré con un imprevisto, pero Frank Stain todavía no ha dicho su última palabra.

Adoptó una expresión implacable, como la que imaginaba en Pepe Carvalho en ese episodio de *La soledad del manager* en el que Carvalho le daba un picotazo con el dedo en la nariz a la dueña del puticlub La Chunga, que le tenía hasta el gorro, y le decía: «Baja el tono, leche, que me rompes el tímpano. Contesta despacito y con educación, porque, si no, te voy a pegar una patada en ese par de cojones que dices tener». Frank se sorprendió a sí mismo pensando que su admirado Carvalho no parecía haber integrado plenamente la perspectiva de género en su actividad profesional.

La asistenta suspiró y cambió de tercio resignada:

—Durante estas dos semanas vendré todos los días a jornada completa, pero no puedo quedarme a dormir. He pensado que podíamos avisar a Bartolo Andorga. Ya sabes que está en el paro desde hace años y, con cuatro hijos, se apunta a lo que sea. Él puede hacer el turno de noche.

El tono de Antonia no admitía réplica. Frank asintió:

—Voy a su casa a hablar con él. ¿Quieres algo de la calle? ¿El *Marca*?

—No, cómprame *El País*, *El Mundo*, *ABC*, *Qué Leer* y *Claves de Razón Práctica*.

Antonia le miró con incredulidad y dio media vuelta mientras se quitaba el delantal. Al rato, Frank la oyó salir y cerrar la puerta.

Quedó sumido en hondas cavilaciones. Repasando su corta e intensa actividad detectivesca, llegó a la conclusión de que tenía pendientes dos decisiones fundamentales: organizar su vida sentimental como investigador privado y decidir si debía contratar a alguien como ayudante.

Era consciente de sus limitaciones: él no poseía el atractivo irresistible de un Sam Spade, que en *El halcón maltés* tenía rendidas a tres bellezas al mismo tiempo: su secretaria Effie Perine, claramente por sus huesos; su amante Iva Archer, para más inri mujer de su socio, Miles Archer; y su clienta, la misteriosa Brigid O'Shaughnessy.

Adoptando un enfoque realista y práctico barruntó que podía matar dos pájaros de un tiro contratando a una secretaria que fuese al mismo tiempo su amante, aunque tuvo dudas sobre si ese esquema podría contar como política de género en la empresa.

Una solución alternativa podía ser un arreglo «a la Carvalho» y, a medida que fue sopesando esta posibilidad, le fue gustando más y más. Se imaginó retozando con Carmen Miranda en los ratos en que la *garota* librase en el Locura Tropical

Ardiente, como Pepe Carvalho con su Charo, y notó un cosquilleo desusado en la entrepierna.

Lo sucedido en el club del Aljarafe mostraba bien a las claras su bisoñez en esas lides. Si pretendía continuar luchando contra la trata y el mundo de la prostitución, necesitaba ampliar sus conocimientos y eso no podía conseguirse apenas con una aproximación teórica.

Como bien apuntara su admirado Vázquez Montalbán en *Tatuaje*, uno de sus clásicos preferidos, «también en la putería, la teoría es compañera inseparable de la práctica», pues es de sobra conocido que «la mayor parte de los libros escritos sobre el problema de las putas se han debido a doctoras o doctores profilácticos, sin un conocimiento práctico del asunto».

Resuelto estaba ya nuestro héroe a marchar francamente por la senda del lupanar, cuando el rostro solemne y severo de la vicepresidenta primera del Gobierno apareció en la pantalla del televisor situado frente a la cama prometiendo las penas del infierno a todos los puteros heteropatriarcales del mundo.

Frank optó prudentemente por aparcar por el momento el tema sentimental y se concentró en la segunda cuestión: la contratación de un ayudante. Necesitaba un asistente como el Biscuter de Carvalho para solucionarle la logística, conducir el coche y —por qué no admitirlo— para no encontrarse

solo ante el peligro en situaciones como la que había vivido con el Señor de los Anillos.

La solución se impuso por sí sola cuando Antonia confirmó que Bartolo Andorga aceptaba encantado el trabajo de cuidador. Andorga, un hombre jovial de algo más de cuarenta años, moreno, bajito de cuerpo, con barriguita cervecera, patillas de caballista marismeño y andares garbosos de banderillero retirado, le visitó esa misma noche, y Frank aprovechó la ocasión para abordar el asunto:

—Bartolo: estoy buscando un ayudante para mi trabajo como investigador privado y me parece que tú reúnes el perfil ideal.

Bartolo Andorga había sido convenientemente aleccionado por Antonia sobre el ataque de locura de Frank y reaccionó con naturalidad, como si estuviesen hablando de Curro o de Bambino, devociones que compartía con su vecino; no así la del fútbol, pues era Bartolo sevillista irreductible.

—Bueno, eso depende de las condiciones.

Frank se impacientó.

—¡En este trabajo no se pueden establecer condiciones! ¡Imagínate si Sam Spade o Philip Marlowe trabajasen de ocho a tres y descansasen los fines de semana! ¡Esto no es la Junta!

—Hombre, yo no conozco a esos dos señores y no sé qué tipo de convenio tienen, pero sí me gustaría saber qué

voy a hacer exactamente y cómo va a estar la cosa de la manteca...

En el rostro de Frank asomó un rictus de incomprensión que Andorga despejó de inmediato, frotando vigorosamente el pulgar y el índice de la mano derecha. Frank sonrió aliviado.

—Por eso no te preocupes. Te voy a pagar mil euros al mes más dietas. Tienes que ayudarme en todo lo que yo necesite y deberás estar a mi disposición 24 horas al día, siete días a la semana. ¡Los malos no descansan!

A Bartolo le estallaron fuegos artificiales en los ojos. Llevaba en el paro desde que Solbes dijo que no habría crisis en España y cobraba apenas los 450 euros de la Renta Activa de Reinserción, que complementaba con chapuzas. Con cuatro churumbeles y una mujer que no encontraba trabajo estable fuera de casa, mil euros adicionales al mes más gastos eran el gordo de la lotería y bien valían seguirle la corriente a Frank, aunque el hombre —saltaba a la vista— no estuviese en sus cabales.

—En negro, ¿no?

—¡Bartolo, no me vengas con bromitas racistas! —se alteró Frank.

—Quiero decir sin declarar, por debajo del babi...

—A mí eso de defraudar a Hacienda no me gusta.

—Esto no es defraudar, es justicia social. Si no es en negro, me quitan la ayuda.

Frank calló, meditabundo.

Bartolo terció de nuevo:

—Si le parece, pregunto a mi asesor si puedo montar una SICAV o una sociedad patrimonial de transparencia fiscal, como los ministros...

Frank claudicó ante la expresión de choteo de su asistente *in pectore*.

—Está bien, te los doy en mano a fin de mes. ¡Conste que va contra mis principios! El combate a esa corrupción que tanto criticamos comienza en nuestra vida diaria. Si no adoptamos una actitud personal de tolerancia cero hacia este fenómeno en nuestro día a día, es hipócrita despotricar luego contra los políticos.

—Bueno, *hefe*, si usted quiere, pido que cuelguen mi declaración de bienes en el portal de transparencia de altos cargos. Me va a salir como la de los ex presidentes de la Junta: sin patrimonio y a devolver. Y ahora, si me puede adelantar 400 machacantes, que estamos en agosto y las criaturas se me van a asfixiar en casa. Debo hasta de callarme y no tengo dinero ni para regalarlas con una manguera.

Frank asintió y Bartolo dio botecitos de alegría por toda la habitación. Hasta la hora de dormir, jefe y ayudante hablaron sin parar. Frank alimentó el entusiasmo de su asistente explayándose sobre el radiante futuro que les esperaba como paladines del bien y de la justicia.

—*Hefe*, y cuando nos hagamos famosos después de atrapar a algún corrupto de los gordos, ¿cree usted que nos invitarán al fútbol?

—No lo dudes; en el Villamarín seguro que al palco presidencial. En el Sánchez Pizjuán no lo sé, porque los palanganas siempre os habéis estirado poco.

Bartolo dejó pasar la pulla con una sonrisa indulgente.

—¿Y a los toros?

—Por supuesto, en barrera. Es posible incluso que los maestrantes nos den un abono para toda la temporada.

—¿Y me contratarán de interino en la Junta? Creo que después los hacen funcionarios.

—¡Eso es lo más fácil!

Esa noche Bartolo Andorga soñó que asistía a una corrida de Curro en barrera con un puro quilométrico en la boca y una rubia despampanante a su vera.

Frank, por el contrario, tuvo una horrible pesadilla en la que la vicepresidenta primera del Gobierno le pillaba in fraganti con Carmen Miranda y amenazaba con caparle con unas tijeras *king-size*. Y aún más terrorífico era el final del sueño, cuando la vicepresidenta, vestida como Marisol, le cantaba al ritmo de *Tómbola*:

*Género, género, género,
en la vida todo es género,*

*género, género,
y todo es patriarcal,
oh, oh, oh,
y todo es patriarcal,
oh, oh, oh...*